



Aprendiendo a ser libres

La casa de acogida «Pedro Arrupe» sirve de puente entre la vida en la cárcel y la vuelta a la libertad ayudando a la reinserción de presos sin apoyo familiar ni social

Junio de 2016, Santa Pola. Jesús ha aparcado su coche junto a un McDonald's y espera impaciente a que llegue su contacto. Pasan los minutos y no aparece. Está nervioso. Él no lo sabe pero no está solo. A su alrededor se ha desplegado un

imponente dispositivo de la Guardia Civil que pasa completamente desapercibido. En cuestión de segundos se identifican, obligan al madriello a abrir el maletero del coche y encuentran lo que buscaban: tres kilos de cocaína y cuatro de anfetaminas. Detenido. Dos días más tarde ingresa en la prisión de Fontcalent. Marzo

de 2019, Alicante. El condenado por tráfico de drogas obtiene permiso para salir de la cárcel de viernes a domingo. Sólo debe cumplir una condición: tener fuera a alguien que se comprometa por escrito a acogerlo y atenderlo durante el fin de semana. Si nadie firma, no sale. En este caso, sus familiares viven a más de 400

Reportaje

Miguel Ángel Rives marives@informacion.es



400 kilómetros y al recluso no siempre se le permite salir de la provincia. ¿Qué hace una persona cuando dispone de autorización para abandonar unos días el penal y no tiene una red social que le dé cobijo? En Alicante son decenas de reclusos los que han encontrado una segunda oportunidad gracias a la casa de acogida «Pastor Arrupe». Gestionada por la Pastoral Penitenciaria de la Diócesis y la Fundación Obra Mercedaria, hace de puente entre la vida entre rejas y la vida en libertad ayudando así a la reinserción de los presidiarios que buscan remontar una vida truncada.

La valenciana es la cuarta comunidad autónoma española con mayor número de presos en la cárcel. En enero de 2019 había 6.596: 6.046 hombres y 550 mujeres. El número total de encarcelados en el país ascendía ese mes a 58.971 y las comunidades con más población reclusa eran Andalucía (13.489); Cataluña (8.359) y Madrid (7.720). La provincia de Alicante cuenta con tres centros penitenciarios: uno ubicado en Fontcalent, con 501 celdas, otro en Villena, que dispone de 845, y un hospital psiquiátrico carcelario que cuenta con otras 375 celdas.

José Tomás Montoya, vecino de Elche, ha conocido a reclusos de todas ellas. Desde hace dos años trabaja como voluntario en la casa de acogida diocesana ubicada en un barrio de la ciudad de Alicante. Se encarga de recibir a los usuarios y velar porque se cumplan las normas de convivencia. Lo más importante: no consumir alcohol ni drogas, no traer a nadie a casa sin permiso y siempre, siempre, volver a dormir antes de las 22 horas. Él se ocupa de hacer la comida, lavar la ropa y mantener la casa limpia y ordenada. Todos tienen libertad para salir a la calle durante el día y muchos ven en Montoya un confidente con el que sincerarse y exponer anhelos y preocupaciones. Comparten ratos de charla, televisión y cuchara en lo más parecido a un hogar que muchos han pisado desde hace años.



Mariola, Jesús y Montoya viendo la televisión en el salón de la casa de acogida de la Diócesis.
HECTOR PUENTES

Lo que jamás le ha preguntado a ninguno de los huéspedes es el motivo por el que están cumpliendo condena. También él recibió ayuda en el pasado y sigue sintiendo gratitud por ese apoyo interesado que le permitió empezar desde cero sin que le hicieran más preguntas de la cuenta. «Hay favores que nunca podrás devolver», dice emocionado tras dar una calada más al pitillo que lo acompaña de forma casi permanente durante más de dos horas de conversación.

«Haciendo esto me siento útil

LOS RECLUSOS SÓLO PUEDEN SALIR DE PERMISO SI ALGUIEN DEL EXTERIOR SE OCUPA DE ELLOS, ALGO IMPOSIBLE SI CARECEN DE FAMILIARES O AMIGOS CERCANOS

en la sociedad. Aprendes mucho de los demás, porque de uno mismo no se aprende nada. Cada persona es un mundo y hay muchos que lo que quieren es desahogarse. Nunca he tenido un problema serio con ninguno de ellos», añade con voz ronca. Su labor social y humanitaria persigue facilitar la integración social y laboral durante los permisos carcelarios de presos que, a veces, encuentran un entorno social, económico y cultural muy distinto al que dejaron antes de su reclusión. Algunos, incluso, se encuentran en un país que apenas conocen.

Capellán y cocinero

Jesús entró en contacto con la Pastoral Penitenciaria tras conocer al capellán de Fontcalent. En la cárcel trabajaba en la cocina y siempre que libraba un domingo acudía a misa. «He intentado aprovechar al máximo el tiempo haciendo cursos de inserción laboral, de carretillero, de máquinas elevadoras... cuando vi que me iban a dar el primer permiso para salir hablé con él y me ayudó en

todo. Los primeros permisos que te dan son de tres días y no puedes salir de la provincia. Mi familia vive en Leganés (Madrid) y no podía ir hasta allí. La primera vez que salió el capellán me recogió en la prisión, me trajo a la casa y me presentó al responsable. Montoya me acogió desde el primer momento y los voluntarios se ocuparon de que no me faltara de nada. Son gente de 10», añade.

La casa de acogida es una vivienda de dos plantas que pasa desapercibida entre las que se ubican en el vecindario. Cuenta con tres habitaciones, salón, cocina, baño, patio y terraza con capacidad para albergar a cinco huéspedes. Es a todas luces sencilla y humilde, pero casi un palacio para quienes llevan años de encierro penitenciario. El pasado fin de semana Jesús y Montoya compartieron olla y techo con Antonio y Manuel, dos reclusos que cumplen su pena en el psiquiátrico penitenciario. El primero es de Almería y no tiene ningún tipo de contacto con su familia. El segundo es de Jerez y aunque si tiene red fa-

miliar, durante los permisos no puede desplazarse a su tierra. Demasiado trayecto y un coste económico difícil de asumir para tres días de libertad. Esa es una realidad ciertamente habitual para presos de este tipo. En España sólo existen dos cárceles psiquiátricas: una ubicada en Sevilla y otra en Alicante que acogen presidiarios procedentes de todo el territorio nacional y no siempre cuentan con alguien que les avale para disfrutar de estancias en libertad.

Los cuatro compañeros de vivienda recibieron el pasado viernes la visita de Mariola Ballester, directora de Pastoral Penitenciaria en la Diócesis de Orihuela-Alicante. Empezó como voluntaria en 1994 tocando la guitarra en las misas oficiadas en el módulo de mujeres de Fontcalent. Se fue involucrando cada vez más y asumiendo diversas tareas hasta convertirse hoy en la responsable de todo el voluntariado. Algunos participantes en el programa le llaman cariñosamente «la jefa», aunque ella huye de cargos y se



Jesús y Montoya preparan la comida en la cocina de la vivienda que acoge a presos de permiso que no cuentan con red social o familiar para hospedarse.
FOTOGRAFÍAS

muestra del todo cercana y amigable en el trato.

«Esta casa lo que permite a la gente que está en prisión es empezar a salir a la calle de una forma gradual. Les permite acceder al tercer grado o al trata-

miento ambulatorio a los que están en el hospital psiquiátrico. Es difícil obtenerlo si no han estado saliendo de permiso durante un tiempo. Acogemos a las personas que pudiendo salir de permiso no tienen a nadie que firme esas ac-

gidas, bien porque la familia está muy lejos o porque no tienen a nadie fuera», explica.

Los voluntarios de la Pastoral Penitenciaria están en contacto permanente con los trabajadores sociales y psicólogos de las tres prisiones provinciales, que seleccionan los perfiles de los presos que podrían participar en el programa. Una vez que el juzgado de Vigilancia Penitenciaria concede permiso de salida a un recluso, cuadran los días para que el interesado solicite obtener el periodo de libertad cuando haya un hueco disponible en la casa de acogida. Aunque solo tiene cinco plazas, casi siempre está llena. Sólo cie-

rra un mes en verano y algunos días cada mes, los únicos en los que Montoya se traslada a su Elche natal.

Colaboradores

Todo lo necesario para mantener operativa esta vivienda se obtiene exclusivamente con ayuda económica de colaboradores. «Cada año lanzamos una campaña en Navidad y recibimos donativos. Con ese dinero vamos funcionando el resto del año. La mayoría de gente que viene no tiene muchos recursos o ninguno. Hay muchos que están trabajando en talleres en prisión y sólo tienen para sus gastos del día a día, pero poco más», explica Ballester.

La Pastoral Penitenciaria ayuda a reclusos dentro y fuera de la prisión. En las cárceles mantienen talleres religiosos como los de catequesis y educación en la fe, y también programas para preparar a la gente para la vida en libertad, abordando habilidades sociales, inserción laboral, educación en valores, videofórum... También ofrecen cierto asesoramiento jurídico a los que lo necesitan. En Alicante mantienen igualmente un piso de acogida para mujeres vinculadas a las Hijas de la Caridad. Entre sus cometidos destaca también la ayuda a familiares de presos con necesidades de alimentación o material escolar. A los que no tienen medios les llevan en sus propios coches para que puedan visitar a los reclusos.

Potenciar el desarrollo perso-

LA VIVIENDA ESTÁ GESTIONADA POR LA PASTORAL PENITENCIARIA DE LA DIÓCESIS Y LA FUNDACIÓN OBRA MERCEDARIA Y SE FINANCIA SÓLO CON DONATIVOS

nal y garantizar la dignidad de las personas que salen de prisión son dos de los objetivos del programa Preparación para la libertad impulsado por la Diócesis. Presos como Jesús, que fue condenado a seis años y un día de cárcel tras sorprenderlo con los estupefacientes en Santa Pola. «La primera vez lo hice por necesidad económica, y viendo que salió bien lo repetí. Ya era por vivir mejor, vivir entre lujos. No ha merecido la pena, no lo volvería a hacer y ahora mismo estoy totalmente arrepentido. También te das cuenta de lo que perjudica a los consumidores de droga. No merece la pena perder seis años de la vida de una persona por vivir un poco mejor». Jesús ya ha obtenido el tercer grado y durante las salidas de una semana ya puede viajar a Madrid. Su sueño más inmediato es conseguir trabajo de cocinero y, entonces sí, ejercerlo en libertad.

Menos drogas y más arbolado con Cruz Roja

M.A. Rives

La organización Cruz Roja en Alicante desarrolla distintos proyectos en centros penitenciarios de la provincia con el objetivo de conseguir la normalización e integración social de los internos. Uno de sus programas está centrado en la atención a drogodependientes para dar una respuesta flexible a las necesidades de la población reclusa que no son cubiertas directamente por la propia institución penitenciaria, incluyendo ofertas terapéuticas diversificadas que se adaptan a las diferentes características y necesidades de los presos adictos, realizando fundamentalmente actividades de intervención psicológica y social individual, grupos de autoayuda, educación

para la salud y preparación para su salida en libertad. Su equipo de cinco voluntarios atendió durante el año 2018 a más de 300 personas del Centro Penitenciario Alicante (Fontcalet) y de Villena.

Con esta intervención se pretende «mejorar la información sobre las drogas y sus efectos, evitando el inicio de su consumo. También propiciar un estilo de vida saludable y dotar de competencias y habilidades para rechazar el consumo y favorecer una adecuada inserción social», explican desde la organización humanitaria. Durante los 10 años que llevan al frente de este proyecto han organizado talleres grupales de educación para la salud, deshabituación de alcohol, tabaco, formación de

agentes de salud de entre iguales, taller de inicio de metadona, manualidades con internos con problemática de salud mental, arteterapia, yoga o alfabetización entre otros.

El área de medio ambiente de Cruz Roja también desarrolla un programa en Fontcalet para la promoción de hábitos y conductas respetuosas con el medio ambiente. En concreto, desde 2014 se ofrece una actividad de respiro a los reclusos, con los que se realizan labores de mantenimiento dentro del espacio verde de uno de los módulos con el que colaboran, el módulo del Programa Marco para la Integración de Enfermos Mentales en Centros Penitenciarios. En el último año han participado en este proyecto 379 personas.

«Trabajamos para cambiar comportamientos de las personas y mejorar su bienestar mediante la transformación ambiental de su entorno más cercano. El voluntariado acude semanalmente al centro y colabora, junto a los reclusos, en las labores de mantenimiento del espacio como

podría ser la plantación, abonado, poda...».

El proceso de externalización penitenciaria en sí mismo es brusco y estresante para cualquier persona, por tanto, aún más para aquellas con un alto nivel de vulnerabilidad al estrés, como son los enfermos mentales. Para obtener una reincorporación social eficaz adquiere especial relevancia la preparación de la salida en libertad, estableciendo los contactos previos con la familia o las instituciones y entidades de acogida. Es aquí donde el plan de medio ambiente también interviene, ya que a este colectivo, una vez consiguen acceder a un programa puente de inserción social, Cruz Roja les ofrece participar en una actividad similar que se realiza en Alicante.

Tras el estudio de los casos individualizados por parte del equipo multidisciplinar del centro penitenciario, les derivan a personas al espacio hortícola extramuros, que funciona como espacio de Inserción Social.